

LA INVESTIGACIÓN [DE LA CULTURA MATERIAL] EN LOS MUSEOS

(Notas para un debate)

RICARDO OLMOS ROMERO

JUSTIFICACIÓN DEL TEMA

No me resulta fácil escribir aquí sobre *investigación*. Veo el peligro de presentar, una vez más, un modelo social al uso, una representación del problema, con los mil tópicos y declaración de principios en los que, en la teoría, todos —o casi todos— estamos de acuerdo: «La conveniencia, la provechosa y necesaria actividad de la investigación en los Museos, etc.» Como el tema es más hondo que cualquier fórmula, como es menos externo que cualquiera de esas bonitas frases de imagen social, de propaganda o de autocomplacencia profesional, querría aquí en lo posible dejar a un lado los lugares comunes y las abstracciones de toda índole que, sin duda, hallarán un lugar más adecuado en el consabido guión de oposiciones de un temario de Museología. Quien busque, pues, en estas páginas recetas para media hora de lectura de opositor, mejor es que no siga, no le servirán.

Por otra parte, resulta peligroso, o al menos delicado, contar en un artículo una mera sucesión de experiencias personales o un caso particular: no es lícito universalizar una visión concreta ante el resto de los Museólogos o de los lectores, al estar situados cada uno de nosotros en circunstancias seguramente muy diversas. Si fuera tan sólo en este sentido, desde luego mis puntos de vista no merecerían la más mínima objetivación escrita.

Por todos estos motivos digo que me resulta difícil hablar hoy de investigación en los Museos. Sin embargo, cuando me invitaron hace unos meses a exponer mi visión del tema no supe presentar argumentos válidos para rehuir esta pesada carga. Entonces pensaba, sí, que es claramente distinto investigar sobre cultura material —precisamente lo que algunos pretendemos hacer como una vertiente importante de nuestra actividad

museística— que el ofrecer una reflexión sobre el proceso mismo y los condicionantes de la investigación, con el deseo de conocer cómo ésta se estructura —psicológica, social y científicamente— en el ámbito de nuestros Museos. He aquí el dilema: por un lado se nos pide hoy investigar sobre el proceso de investigar, lo que muy bien nos podría llevar a aquello del *alguacil alguacilado*. Y, sin embargo, una vez ya planteada la cuestión, resulta imposible negarnos a emprender este camino autocrítico, dado que incurriríamos en una contradicción aún mayor: no debe el científico evadir una reflexión introspectiva sobre su propia actividad. ¿Por qué? Sencillamente porque objetivar y generalizar —en el sentido de trascender lo particular— son procesos implícitos en toda actividad investigadora del mismo modo que en la ciencia resulta igualmente necesario *abstraer* —al menos en una cierta medida— para elevarse y superar lo particular. Pero esta ciencia la hacemos los hombres y también el mismo investigador debe detenerse, siquiera un momento, y someter su propia actividad a reflexión, a este proceso de objetivación, como puede ser, por ejemplo, hacer un balance entre los resultados y los medios empleados y situar y enmarcar el trabajo personal dentro de un contexto social más genérico y menos individualizado*.

La pregunta, pues, tal como aquí la planteo, parece, al menos, doble y no sólo es epistemológica sino, sobre todo, ética: no podemos cuestionarnos exclusivamente *qué* camino hay que recorrer y *cómo* lo recorreremos, sino además el *por qué* y *para qué* lo recorreremos. Sólo situando fuera de nosotros, objetivando, esta experiencia personal será posible valorar —y justificar o no— nuestra actividad como investigadores. Pero, sobre todo, para que esta objetivación sea fructífera debería aludir a una experiencia colectiva, no individual.

Acepto, pues, hablar aquí del tema y lo hago con la advertencia de que podrá desleírse en mis palabras un tono a veces moralizante y subjetivo, lo que no es del todo ajeno a esa generación que empezó a investigar hacia inicios de los setenta.

¿INVESTIGADORES, MUSEÓLOGOS, BURÓCRATAS? ¿HOMBRES UNIVERSALES?

En este comienzo no puedo soslayar un debate latente, apenas explícitamente expuesto y exteriorizado entre nosotros pero real, entre dos tipos de profesionales de Museos, precisamente hoy, cuando parece delinearse una tendencia clara hacia un nuevo modelo. ¿No late por debajo una contraposición evidente entre dos concepciones sociales diferentes del Museólogo español? Por consiguiente, ¿no será conveniente que reflexionemos

* (No deja de ser curioso que esta pregunta surja con especial virulencia en el medio del camino de una vida científica, cuando parece urgente preguntarse por el sentido de lo ya hecho y repetirse, una vez más, la tremenda pregunta de la epístola Moral a Fabio: «De la pasada edad ¿qué me ha quedado?»).

todos cuál de las opciones —éstas u otras muchas— podría ser la más adecuada?

Me refiero a la posible polémica del conservador como investigador de la cultura material de un modo prioritario —tronco fundamental de donde partirían y adquirirían su profundidad y riqueza las demás funciones— o, en el otro polo, el conservador como gestor, administrador, comunicador a secas, de esa cultura —evitando así el excesivamente empobrecedor y tendencioso término del Conservador como perfecto burócrata—, sin una necesidad perentoria de esa fuente continua de la investigación. (Aun a riesgo de aparecer como un maniqueo permítaseme en un primer momento plantear el tema en esta polarización algo simplista. En un segundo momento la iremos matizando más).

A la disyuntiva planteada no puede responderse sin ahondar antes en qué es lo que entendemos —o deberíamos entender— por investigación en nuestro campo; o por gestor y comunicador en el polo opuesto. Tampoco son éstas preguntas descontextualizables, abstractas. Deben verse estas cuestiones de un modo más concreto. Y aun así, sólo al final podrá el lector sacar críticamente sus propias conclusiones frente a mi planteamiento y visión del tema. Yo no daré a esta cuestión solución alguna ni recetas *ad hoc*. Soy incapaz.

Creo que, en una gran medida, hasta el año 1985, predominaba la idea, la opinión común, de que el *acceso*, el rito iniciático a una plaza de conservador de Museos, debería implicar un anterior rodaje o preparación en el ámbito de la Museología y de la investigación: por ello las prácticas profesionales previas eran preceptivas a la hora de presentarse a una oposición. El primer ejercicio, eliminatorio, de ésta, consistía en la exposición oral de un *curriculum* donde el opositor debía demostrar públicamente que no era ni un recién licenciado ni un «advenedizo». Junto con la experiencia en Museos y la ritual memoria de Museología se exigía —al menos tácitamente— la correspondiente Tesina o Memoria de Licenciatura y era asimismo necesaria —y se veía con muy buenos ojos— alguna que otra publicación científica o, en su caso, la colaboración y participación directa en excavaciones arqueológicas.

Hoy se ha suprimido bruscamente la redacción de la Memoria y este primer ejercicio lo que pienso que, al menos, hubiera requerido tanto una consulta como, en última instancia, una justificación. Me parece, pero no lo sé con certidumbre, que este giro tan esencial en el acceso a Conservadores de Museos trasluce una cierta tendencia a crear un tipo de funcionario menos especializado, esto es, más universal —«plurivalente», como dicen— para aquellas tareas que quiera en un sentido amplio encomendarles la Administración. Frente al anterior tipo de plazas, algunas con denominación muy específica como, por ejemplo, la que yo desempeño actualmente —Arqueología Griega e Itálica— vemos hoy que estos puestos actuales son excesivamente genéricos y sutilmente indefinidos. Lo cual, desde luego, nos permite sospechar que no se está considerando para nada a la investigación

en este nuevo modelo profesional del Museólogo o Conservador de Museos. Éste podrá ser ahora, más que nunca, intercambiable con cualquier otro, será adaptable a la fluctuación administrativa en cuanto que las condiciones de su acceso han sido más genéricas. Y, desde otro punto de vista, su movilidad interna dependerá más de su posición en el escalafón que de su especialidad o conocimientos concretos. Un Licenciado de formación arqueológica podrá convertirse así en conservador de pintura contemporánea y un etnólogo de campo acabará tal vez sus días como un buen catalogador de momias egipcias. ¿Por qué no?

La realidad tiene puntos múltiples de observación y alguien, desde otra perspectiva diferente, me podría objetar aquellos preciosos versos de la canción de Luis Eduardo Aute:

«La ciencia es una estrategia
para ocultar la verdad...»

Por ello, no quiero ni puedo valorar individualmente si la actual inexistencia de *curriculum* previo es, en realidad, más justa o más injusta que la normativa compulsiva anterior. Previo a ello y más urgente sería el plantear cuestiones como el papel de la investigación en los Museos o el de la *formación* crítica, creadora, de ese futuro investigador-museólogo. De este modo, el anterior dilema, descontextualizado, carecería de otro sentido que del anecdótico. Igual daría, en la práctica, una opción u otra. Pero ¿se lo ha planteado así la Administración?

La valoración de todo este bloque de temas debería surgir tanto de los profesionales como de la misma sociedad. Y —para mí está claro— requeriría previamente una discusión más amplia sobre la vinculación de la ciencia y el poder en nuestro país, incluyendo un análisis histórico de la situación heredada. Por ejemplo, muchos sabemos cuántos *curricula* científicos son artificiales y huecos. La posibilidad de obtener una Beca de investigación o un viaje de estudios al extranjero, al menos en el más reciente pasado, se veía entretejido sutilmente de juegos no exclusivamente científicos entre las estructuras y grupos de poder que controlan el acceso a la ciencia. Por lo tanto, qué es lo justo o lo injusto en esa situación actual es algo muy difícil de determinar sin ese debate previo de índole histórica que resultaría hoy tan necesario en el campo de la investigación museológica y de la cultura material. Pero iremos también viendo cómo la investigación no es, ni mucho menos, un aspecto separable —como un elemento puro que se obtiene en un alambique— del resto de las facetas del Museo.

En estas charlas quiero exponer esquemáticamente algunos puntos de vista que en su mayoría no me pertenecen, es decir, que no son exclusiva o principalmente míos, sino tan sólo una expresión, matizada en este momento por mí, de una opinión más común, de un pensamiento ya creado y compartido por algunos otros*.

* Debo remitir aquí a los apartados correspondientes del libro de Luis Caballero Zoreda, *Funciones, Organización y Servicios de un Museo*: El Museo Arqueológico Nacional de Madrid, *Anabad*, Madrid, 1982, especialmente págs. 38 y sigs., aunque en todo el libro subyace el concepto de investigación como eje o quicio del funcionamiento del Museo.

Mi exposición se va a estructurar seguidamente en tres partes: voy, primero, a referirme a los condicionantes en los que se mueve obligadamente lo que entendemos por investigación (condicionantes de tipo social, estructurales, burocráticos, psicológicos —personales o colectivos—, etc.). Delinearemos así las facetas negativas de la investigación, es decir de lo que muchos consideran, enfáticamente, investigación cuando de hecho no lo es.

En el segundo apartado voy a sugerir mi visión de qué es lo que entiendo por investigación, lo cual se reducirá a una propuesta particular dado que no todos entendemos las mismas cosas bajo los mismos términos. Es éste un capítulo más genérico, pues en él trato de levantarme sobre nuestro particularismo profesional para apuntar y buscar lo que hay de común en las actitudes y procesos de la investigación, cualesquiera sean sus campos y contenidos.

En el último capítulo voy a referirme a la investigación de la cultura material tal como se desarrolla en la vida cotidiana de nuestros Museos. El deseo —y la utopía— se entremezclan continuamente con la realidad en el decurso de la exposición.

LOS CONDICIONANTES DE NUESTRA INVESTIGACIÓN

El primer condicionante de la investigación —y casi diría que éste sí es histórico, atemporal— es precisamente su carácter absorbente. Quiero decir con ello que puede determinar radicalmente un modo de vida.

Siquiera un momento deberíamos considerar en este aspecto la vida humana en una situación polar, con tendencias o actitudes opuestas, tal como la consideraron ya, con deliciosa precisión, los griegos de época clásica.

La vida puede fluir dentro de un cauce contemplativo, teórico, cuando el hombre busca primordialmente ver, mirar, escudriñar el entorno, la realidad. Pero también de la misma vida puede brotar, al contrario, una actitud en la que el hombre se implica de lleno en la actuación sobre la realidad. Para el griego surgirían así, de elegir uno u otro camino en la disyuntiva de la vida, el hombre teórico y el hombre práctico. No pocas veces se desarrollan vivas tensiones entre una y otra faceta y la ciencia, la investigación, oculta, en su mismo proceso histórico, esta lucha tensa. En no pocas ocasiones Platón (carta VI) debe renunciar dolorosamente a la contemplación, pues se debe ante todo a sus amigos y a la ciudad. Y conocida de todos, por su aplastante evidencia, es la crítica de Marx con relación a la filosofía anterior tras la que tantos filósofos se han escondido: crítica a aquellos que se han dedicado tan sólo a pensar en la realidad cuando lo que se debe hacer es transformarla. Por otra parte, es evidente que teoría y *praxis* deben ir juntas y que sin un equipaje teórico, sin una actividad abstrayente, no es posible tampoco la *praxis*. Si no se amplía el horizonte contemplativo la realidad llega a empobrecerse, y así no se avanza. Lo contrario es también

igualmente cierto: sin la *praxis* no existe la verdadera teoría, ésta se esclerotiza y sus formulaciones se tornan vagas, resultando a la larga carentes de contenido. Estamos, pues, inmersos en un proceso vivo, dialéctico, del cual es impensable evadirse, escapar.

Estas generalizaciones, que por lo consabidas seguramente a más de uno podrán parecer banales, son hoy sin embargo perfectamente constatables en los Museos. Hay en ellas una fuente continua de tensiones, forman parte del entorno cotidiano del conservador.

Yo creo que el concepto de investigación *pura* en los Museos europeos está siendo hoy definitivamente superado. Eso sí, quedan, aquí y allá, residuos decimonónicos del Museo anticuarista, aun con todo ese grave peso que impone una tradición periclitada. Pero efectivamente esta tendencia, tan natural y apetecible, que llevaría al Conservador del Museo a encerrarse en su campana de pureza y de cristal, huele hoy ya a algo excesivamente enranciado. No se puede reavivar. No sería deseable.

La compleja maraña del empuje social y la misma vida han llevado sin duda a una situación contraria. En capitales de provincia el conservador de Museos ha tenido que sobrellevar en estos últimos años un indescriptible barullo de funciones, todas a un tiempo y con la vitalidad de un hombre-orquesta: un día acudía a salvar el patrimonio arqueológico, otro al edificio histórico que se cae o que se quiere derribar; no pocas veces ha debido «chalanear» con el comerciante de antigüedades para intentar salvar ese objeto al que crecen alas muy deprisa, y dirigir un vano discurso moralizante al clandestino. A este conservador utópicamente investigador de la cultura material tampoco se ha visto privado entre tanto de una o dos de esas reuniones semanales a las que ineludiblemente debe asistir como pro-hombre de la cultura en su comunidad. Al margen, la burocracia interna y externa y los mil problemas cotidianos —siempre hay alguno nuevo en una sociedad tan mal conformada— que genera la vida en un Museo. ¿Cuándo le puede quedar a ese Museólogo tiempo y ganas para investigar? Puede que en Madrid y en alguno de los grandes Museos la situación no esté tan radicalizada como la que aquí cuento, pero hay otros condicionantes que hacen que el trabajo cotidiano del Conservador cojee de un similar pie ortopédico.

Es muy difícil servir a un tiempo a dos amos, decía el mensaje evangélico, y en verdad es imposible atender a la vez con eficacia toda esta pluralidad de exigencias. No puede haber otro resultado que el de la dispersión, un día tras otro, de los esfuerzos. Y en gran medida esta dialéctica, esta superposición y confrontación continua de funciones, continuará aún igual en los próximos años. Veo difícil en la situación actual heredada, en nuestro esquema social más global, acceder a una solución enriquecedora en lo que se refiere a la investigación en los Museos.

Pasemos a contemplar esta situación genérica en el espejo personal: seguramente tras unos años de rica tensión vital —cuando existe el esfuerzo utópico de compartir la investigación con el resto de las funciones del

Museo— no es difícil caer con los años en el pozo de la insatisfacción profesional. La impotencia creativa, a la larga, llegará a anestesiar nuestros impulsos. ¿Nos habremos puesto ya en ese momento definitivamente la coraza?

No es un panorama éste muy optimista en lo que se refiere a la investigación. Claro está, cabe llegar al convencimiento de que la función del Conservador no es precisamente la de investigar, sino solamente la de mostrar, divulgar, enseñar el conocimiento medio que uno posee por mediación de otros. Me parece una postura muy honesta —un tema a discutir colectivamente en ese deseable debate sobre nuestra identidad—, pero a mí personalmente ni me satisface ni del todo me convence —es empobrecedora—, aunque reconozca que pueda ser una salida, y en algunos casos la única posible.

EL MARCO INSTITUCIONAL DE LA INVESTIGACIÓN: EL AISLAMIENTO PARADÓJICO

Esta situación actual de la investigación en los Museos no se presenta hoy de una manera casual. Más bien es el producto histórico, el resultado de una concatenación múltiple y muy completa de circunstancias diversas. No se trata, *sólo*, del problema aislado de un grupo profesional determinado, sino del reflejo —matizado, sí, internamente— de una más amplia concepción social. Se ha empezado a gestar el problema en la misma Universidad donde la enseñanza de la cultura material se vio en gran medida reducida, a lo largo de estas últimas décadas, a un marco excesivamente teórico. En realidad, los organismos que oficialmente podemos decir que se dedican a la investigación de la cultura material en España, como son a nivel nacional la *Universidad*, el *CSIC* y los *Museos*, no han frecuentado excesivamente esa necesaria intercomunicabilidad de la ciencia ni tampoco han sabido, por lo general, entroncar ésta con los problemas reales del Patrimonio histórico-cultural cuando éste, de hecho, debería ser la base u objeto material de toda investigación. Pueden existir experiencias aisladas buscando una línea más enriquecedora, pero no desearía yo aquí salvar los meritorios casos individuales sino sólo analizar las estructuras más globales en las que nos movemos. Por ello creo no equivocarme demasiado al afirmar que existe un divorcio histórico, muy acusado, entre los cuerpos universitarios, el *CSIC* y los Conservadores de Museos. Bien conocida es la impermeabilidad de los Cuerpos y la tentencia a un crecimiento endógeno en cada uno de ellos, siguiendo aquel adagio latino, *similia cum similibus*. Dentro de este esquema, existe además una gradación jerárquica que permite a la Universidad —al modo de una bula o un derecho de pernada indiscutible— el aplicar sus categorías mentales al campo de los Museos formando parte, por ejemplo, de Tribunales de Oposiciones en los que el catedrático de Universidad suele ocupar, *honoris causa*, el puesto de Presidente. Creo, sí, que es muy saludable

llamar a personas cualificadas de otras latitudes para juzgar el acceso a un puesto de trabajo y en este caso no deberíamos rechazar con miopía lo que el corporativismo a ultranza tacharía, *sotto voce*, de intrusiónismo. Pero ¿quién puede justificar con razones sopesadas la unidireccionalidad de este proceso? No me sirven —por su irracionalidad— los argumentos apriorísticos del «prestigio». ¿Por qué un Doctor del Cuerpo de Museos, un buen especialista en Arqueología, en Arte o en Etnología, no es a su vez llamado para emitir su juicio en alguno de los múltiples accesos a la docencia universitaria? (N.B.: También en este sentido ser Catedrático de Universidad ha parecido ser un excelente aval a la hora de las denominaciones de directores de los grandes Museos Nacionales. No me parece mal con tal que la propuesta se integre en los cauces democráticos de los claustros —¡hoy inexistentes!— del centro en cuestión. Pero ¿por qué no a la inversa? ¿Cuándo un eximio profesional de Museos ha sido propuesto para ocupar el puesto de decano o de rector de una Universidad? ¿Y las Memorias de Licenciatura, tantas veces dirigidas *de hecho* por especialistas de un Museo pero que nominalmente figuran bajo la dirección de un profesor universitario? Hay aquí aspectos que muy bien el tiempo podrá ir iluminando y reencauzando positivamente y aquí sí creo que la intercomunicabilidad va a ser más fácil en los años venideros, sobre todo si se asientan en el futuro sobre unas bases de trabajo más democráticas y colectivas. Todos sabemos que la solución no está en encerrarse los Cuerpos profesionales en sí mismos, herméticamente. En este sentido, parece que la Nueva Ley de Universidad prevé la posibilidad de integrar a especialistas ajenos a la Universidad en sus programas de doctorado, de modo que el profesor invitado podría —pienso— integrarse en el claustro del departamento sin necesidad de pertenecer a la plantilla estable del centro ni gozar de un detestable e injusto pluriempleo. Más debemos ver en este aislamiento actual los restos de una herencia histórica —¡esa tremenda pervivencia de las estructuras!— que el actual deseo íntimo de los profesionales de unos y otros centros. Tampoco quisiera que mis palabras ahondaran en la vieja herida, allí donde esporádicamente se mantengan resquemores aislados, sino al contrario, contribuir al acercamiento en tantos casos ya iniciado: el conocimiento teórico se avivará junto al práctico y el universitario —como futuro profesional en ciernes— podrá integrarse más vitalmente en los problemas tangibles del patrimonio, con cuestiones de índole a veces hasta cotidiana pero que por lo general aquél desconoce. Tal vez entonces carezca de sentido el dilema de la exigencia no de *curriculum* para oposiciones al que antes aludíamos. Una actitud contraria podría abocar a un empobrecimiento definitivo, a un aislamiento sin perspectiva de los problemas mutuos: un mundo muchas veces de pequeñeces donde acaban exclusivamente por preocupar los vaivenes del *status* profesional y el nivel económico de los cuerpos.

LOS CONDICIONANTES PERSONALES: LA INVESTIGACIÓN IMPOSIBLE

En el punto anterior me he referido a ese anquilosado marco de la ciencia oficial como es la Universidad heredada, el CSIC o los Museos, estructuras o instituciones donde cotidianamente se realiza la investigación y la ciencia en España.

Pero esta investigación cotidiana está claro que la hacen —también— las personas, no sólo las instituciones en abstracto. Y este factor de la situación personal —el punto de vista, mudable, del investigador— es al que vamos ahora brevemente a referirnos.

En mi visión del tema parto de una generalización que a lo mejor no es del todo cierta en algún caso, pero que en principio me parece una aproximación bastante correcta a la realidad. EL Universitario recién licenciado llega generalmente a un Museo, entra en contacto con él, sin apenas saber investigar. Quiero decir con ello que en nuestra Universidad no se enseña siempre —o no se suele enseñar, como queráis— a investigar. Estamos muy lejos de esos idílicos departamentos de Arqueología de algunas universidades alemanas —recuerdo ahora el de Arqueología Clásica de Würzburg— con sus aulas y su biblioteca en el mismo edificio del Museo, con seminarios en que se manejan las piezas reales discutiendo con éstas en las manos y con los libros originales —esa fascinante e infinita, y hasta agobiante, multiplicidad de las revistas—, no con los manuales sintéticos de sabiduría almacenada, más de moda tal vez hoy que nunca y tan florecientes entre los universitarios últimamente.

Seguramente muchos de nosotros hemos aprendido —o medio aprendido— a investigar a tropezones, casi instintivamente. Nuestro autodidactismo nos ha introducido a veces en caminos inútiles, estériles, y sólo al encontrarnos ante el muro de un fondo sin salida hemos tenido que volver sobre nuestros pasos para buscar, solitariamente, otra senda en el laberinto de la ciencia: ¿hacia dónde?

No se nos enseñó a ser críticos, reflexivos, para calibrar en su término las aportaciones de los que nos precedieron ni para comprender su concreta limitación histórica, de modo que así aceptáramos también nosotros nuestro propio relativismo. Nos hicieron dogmáticos y el dogmatismo se reflejó muchas veces en nuestra manera de hacer ciencia. No supimos calibrar y seleccionar lo esencial de lo accidental y accesorio y nos costó darnos cuenta de que en la ciencia hemos de transmitir *algo nuevo a un lector*. Pues para ello nos *faltaba el ejercicio del diálogo y éste no se improvisa*. Muchas de nuestras publicaciones carecen de ese instinto hacia la claridad y de ese sentimiento de la ciencia como quehacer colectivo: *el saber que aportamos casi siempre un grano de arena en una gran montón de tierra que antes hicieron muchos*.

Muchas veces nos han faltado, efectivamente, los medios materiales, como las Bibliotecas, excesivamente circunscritas a unos pocos centros en

España. Bien tarde nos hemos dado cuenta de la necesidad de hacernos con unos instrumentos tan imprescindibles como los idiomas, sobre todo a nivel de lectura, de comprensión, entre los que son necesarios *las cuatro o cinco lenguas de comunicación científica más importantes del mundo*, sin contar aquí las lenguas clásicas como el latín y el griego y el mismo árabe para según qué especialidades. Ello pudo crearnos recelos e inseguridad ante el extranjero, más habituado al intercambio de pareceres en los foros internacionales científicos. Hubo en la postguerra una larga generación de investigadores autóctonos, que apenas pudieron abrir los ojos al exterior para contrastar pareceres. Hoy vivimos aún, en parte, esa herencia del aislamiento, fuente de tanto recelo.

La investigación española está excesivamente encerrada en un localismo empobrecedor. No es infrecuente, entre los arqueólogos, considerar a su yacimiento como el ombligo del mundo. ¿Y los museólogos?

El licenciado que accede a la investigación en nuestros campos se encuentra, por todas estas razones, inerme ante ese piélagos infinito, inmenso, del conocimiento científico. Al emprender el vuelo se encuentra sin orientación y sin aire donde batir las alas y entonces la ciencia ante todo le agobia, le deprime y le hunde.

Vivimos por desgracia una ciencia competitiva, una vorágine que arrastra y acaba tragando todo lo que encuentra, muchas veces sin digerirlo. Todos los que hemos emprendido este camino hemos sentido en más de una ocasión el agobiante peso de la presión social. Se nos dice que es preciso estar al día, por ejemplo, en las nuevas publicaciones, actitud que encierra no pocas veces su grado de *snobismo* hacia el dictamen de la moda o de la última teoría.

Esta vorágine de la ciencia arrastra y devora también al investigador iniciado. Llega un momento en que le piden demasiado y, enseguida, otro estadio en el que ya no quiere, no puede o no sabe parar, negarse. *Se consume ciencia* y se crean continuamente necesidades nuevas para consumir más ciencia. Son excesivos los compromisos a que acudir (recordemos la inextricable maraña de Coloquios, mesas redondas, conferencias, Congresos, recensiones, divulgación, homenajes, etc., etc.) y la ciencia se convierte entonces en una corriente que arrastra a todo aquel incauto que pilla a su paso: no es ya otra cosa sino un mero compromiso social. En la torrentera hay que buscar una tabla de salvación y parar: es preciso saber seleccionar, no dejarse llevar, *poseer tiempo para leer y para reflexionar*. De lo contrario, el investigador acaba por no leer o, lo que es peor, convierte el leer en hojear —que es lo que hacemos la mayoría de los «científicos»— y no fluye entonces nuestro pensamiento serenamente sino que desborda en aguas turbias y confusas. Nos acabamos convirtiendo, nosotros mismos, en río devastador y podría citar más de un ejemplo paradigmático de ello.

Ante esta situación competitiva y turbulenta, el que se inicia se queda perplejo, desconcertado. Nadie le ha dicho que el *rodaje en la investigación es lento, gradual, pausado*. *Ni le han enseñado a discernir, a separar*, «las

voces de los ecos». Pues la meta no es investigar sino alcanzar un puesto lo antes posible. Es la ley de la competitividad la que obligadamente enmarca nuestra iniciación a la ciencia.

De ahí la tremenda inseguridad del que comienza. Puede que no pocas veces sea este miedo instintivo el que le introducirá en una tendencia general de la ciencia de estas últimas décadas, cual es el empirismo a ultranza del investigador, lo que quiere seguramente encubrir una inseguridad personal ante lo desconocido. Yo diría que es éste un problema muy actual que vislumbraron en menor medida nuestros antecesores. Recordemos las enciclopédicas figuras de un Gómez Moreno, un Menéndez Pidal, un García y Bellido, etc., mucho más abiertas a una visión universal y a las grandes síntesis. Para muchos de ellos la ciencia fue además un modo global de vivir el mundo, tan integrados estaban en ella. Pero, por desgracia o por suerte, de esa época de *sabio* hemos pasado bruscamente a la era de los *científicos*. Y en las generaciones más jóvenes parece advertirse, aún si cabe en mayor medida, una tendencia al empirismo y al atomismo a ultranza. Ha mediado seguramente una mayor crítica del método científico, sistemáticamente se duda en estos últimos años de los límites y de la validez de las viejas y de las nuevas hermenéuticas, de todos aquellos métodos que hace unas décadas parecían —como la existencia de Dios— incuestionables. Hay, en definitiva, esta otra inseguridad de corte epistemológico —lo cual, en principio, no es malo sino excelente—, pero esta inseguridad conduce muchas veces al investigador a refugiarse en el bosque de los datos diminutos y concretos. *Se pierde la perspectiva y ese sentido globalizador, tan enriquecedor, del verdadero saber*. Surgen entonces, de vez en vez, tópicos —que me parecen ingenuos— del objetivismo a ultranza; o el del miedo a generalizar; o el pavor visceral a que la imaginación pueda interferir y entremeterse en el frío discurso lógico. ¿Por qué no aceptar que la ciencia es también una poética, en el sentido más vital del término griego *poiesis*, como «creación», hechura de propuestas imaginativas y sustanciosas, no esclerotizadas y frías. La imaginación no tiene por qué ser sinónimo de falta de rigor, de propuesta no contrastable y verificable o falseable. Pero también ese objetivismo al que nos referíamos puede ser una virtud y una necesidad, si lo entendemos como reacción al subjetivismo interpretativo de no pocos modelos actuales o de los que nos precedieron, las más de las veces creadores de entelequias vacías y de meros juegos de malabarismo intelectualoide. En muchas ocasiones la ciencia ha resultado ser un castillo de naipes levantado sobre una base tan endeble que la más leve brisa la desbarata.

Todo ello va a ir creando un extraño entramado psicológico muy incómodo para aquel que quiere iniciarse en la investigación y que yo me atrevería, algo insistentemente, a resumir en dos puntos fundamentales: *inseguridad y soledad*.

La inseguridad, en realidad, la tenemos todos. Creo muy poco en esa seguridad aparente de los grandes maestros. No responde casi nunca a una verdadera seguridad científica. Más bien parece que es la seguridad que

otorgan situaciones extracientíficas como es el *status* profesional alcanzado —del que nadie sensatamente debería envanecerse— o, más genéricamente, el *poder*. Parece como si del puesto mismo que uno desempeña manara mágicamente una autoridad aurífica que convierte en aceptable socialmente cualquier opinión del *magister*, diga lo que diga. La más solemne tontería de un consagrado por el puesto prevalece siempre sobre la verdad más profunda de un neófito recién licenciado. Por aquello, sin duda, del prestigio emanador. Se cita el libro gordo, de síntesis, del gran maestro, no el pequeño artículo donde originariamente ha podido surgir la idea, escrito por un desconocido. Es ésta una ley que podrá verificar y contrastar cualquier investigador examinando las citas a pie de página.

Pero sí es cierto que existe una inseguridad inicial más acentuada, hecho que en parte depende de ese carácter tan atomizado de la ciencia y de las propias críticas y revisiones metodológicas hoy generalizadas. He aquí el dilema: *para investigar hay que poseer un método y conocer las leyes del pensamiento científico*. Pero es éste un bosque del que muchas veces no sale el que en él se inicia. ¿Plantearse unos años el método a seguir o lanzarse al camino haciendo caso a aquello de que el movimiento se demuestra andando? Creo que los más acabamos adoptando un camino ambiguo al ser incapaces de asumir a un tiempo ambas exigencias. Muchas veces llegamos a sospechar que estamos defendiendo posturas epistemológicas encontradas que, sin conocerlas a fondo, se olfatean en el viciado aire que todos respiramos dentro de esta floresta de la ciencia. Todo ello afecta más intensamente al que comienza, pues por lo general su mente está menos contaminada. De ahí, de nuevo, esa inseguridad a la que debe unirse una más grave, la que crea la ausencia de perspectivas claras de un puesto de trabajo, lo que revierte o en la apatía o en la competencia exacerbada, muy rara vez en un ahondamiento en la metodología científica. Es, una vez más, lo que desde el comienzo vengo mostrando, desconsoladamente, como *nuestra investigación imposible*.

Es la soledad otro de los tremendos condicionantes de la investigación actual en nuestros Museos. Era un tremendo solitario, sí, el sabio del siglo XIX, pero le arropaba en cierto modo la consideración social del resto de los hombres: respetaban éstos en alguna medida su dorada esfera, su ebúrneo pedestal, su excentricidad. No se preguntaba tal vez aquél, con tan acuciante angustia, el para qué de su actividad. Pues era otro orden social el imperante.

¿Y hoy? ¿Qué sentido social hallará el investigador encerrado en su microcosmos de cuestiones atomizadas? ¿Qué podrá decir al resto de la sociedad, a sus compañeros los hombres, cuando al transcurrir de los años siga envuelto en sus pequeños y diminutos pensamientos? ¿Le satisfarán éstos finalmente? ¿Le habrán servido algo más que para conquistar el puesto deseado y su minúscula o mayúscula parcela de poder?

¿Por qué, *paradójicamente, hoy más que nunca, esta falta de posibilidad*

de diálogo, de contrastación de pareceres, de equipos de trabajo hacia una meta colectiva más amplia y socialmente más aceptable?

De nuevo, una vez más, esa investigación imposible. En el mundo de los Museos esta inseguridad personal —tangibile sobre todo en los comienzos—, junto con la frustración por la sobrecarga antes aludida del no poder investigar ese puesto —¡Tan largo me lo fiáis!—, pueden en algún caso conducir al concepto erróneo de las funciones del Conservador. No es extraño que al verse poco a poco privado de la imaginación refrescante y poética de la ciencia éste tenga que aferrarse a la más pura materialidad de los objetos. Surgiría así esa extraña figura del *conservador-dueño-de-las-piezas*, al modo de un Can Cerbero situado ante la puerta de acceso a una propiedad intelectual que no siempre le corresponde. Este aferrarse al objeto retenido influirá sin duda en su aislamiento y empobrecimiento paulatino: no llegará a conocer las ideas de los otros y, día a día, las piezas se irán momificando y desposeyendo ante sus ojos de su misterio, de su originario contenido.

LA GRAN AUSENCIA: EL STATUS CIENTÍFICO DEL CONSERVADOR

Hemos hablado mucho de una situación personal como un condicionante que va reflejando situaciones diversas con el transcurso de los años y que vemos modularse diferentemente con el devenir de la vida. Pero hemos insistido, sobre todo, en ese difícil camino iniciático del que quiere acceder a los Museos sin renunciar a la faceta investigadora tan esencial en ellos.

¿Cómo se articula esa situación personal con el entramado burocrático y con la estructura actual de los Museos? Como indicaba más arriba, hay una tendencia —si queréis no explicitada, pero latente y real— a considerar al Conservador como un técnico con una gran carga burocrática «homogeneizadora». Del horizonte que podríamos llamar «ministerial» o, más ampliamente, «social», rara vez surgen estímulos de renovación refrescante.

Esta falta de estímulo o exigencia, a nivel oficial, de la función investigadora del Conservador —que es prácticamente ignorada o, en el mejor de los casos, infravalorada—, puede llevar a situaciones extrañas —en algún lugar y momento concretos— que resultarían, cuanto menos, contradictorias.

Por un lado, la situación narrada puede crear un cierto sentimiento de culpa inconfesable en el trabajo del Museólogo como investigador. Pues en ocasiones se ha visto y dicho que el conservador que prioritariamente investiga lo que pretende de hecho es ir a lo suyo —lo que no cabe negar, desgraciadamente, que a veces es verdad: busca, por ejemplo, hacer *curriculum* personal como si utilizara, con todos sus inconvenientes, el Museo como trampolín para saltar a otro sitio. Por eso, implícitamente, creo que en muchos Museos se llegó al acuerdo de que el Conservador debe, sí, investigar pero en horas secundarias. Por ejemplo, por la tarde fuera del horario de trabajo. Es decir, como si tuviera una segunda profesión. De hecho esto en

gran medida es así; yo escribo hoy este artículo en horas que muy bien deberían corresponder a mi vida privada. ¿Es que acaso es superfluo y extraprofesional el reflexionar aquí sobre este tema de la investigación? ¿No subyace también aquí una viciada concepción social del tema que ve hoy en la investigación una actitud individualista que sólo sirve para la autocontemplación del *ego* oculto o, en otros casos, como búsqueda oscura de poder? ¿Cómo desenredar entre todos esta maraña y clarificar la extraña situación que perjudica sobre todo a los Museos?

Pero veamos otra asombrosa situación —que en realidad puede coexistir, por extraño que parezca, con la anterior— y que a todas luces parece contradictoria. Me refiero a quienes manipulan en un sentido contrario *la actividad investigadora en los museos exaltándola unidireccionalmente*: hacen algunos ver que la función del Conservador consiste sólo en atender científicamente a su sección o a su Museo, con la finalidad de limitarlo al ámbito más reducido posible, alejándolo de las esferas donde de hecho se gesta el poder y la acción, como *son la económica y la burocrática en un sentido enriquecedor del término*. La función investigadora, antes olvidada o preterida— de tintes casi culpabilizadores— se puede manejar en este sentido opuesto que, sólo en apariencia, la potencia.

Evidentemente, esta segunda opción del señuelo pseudocientífico es una trampa. Una trampa que trata de relegar al investigador a la función teórica pura que antes criticábamos como rancia y periclitada: la del anticuario con lupa de los tebeos, dentro de la campana aséptica de su cuchitril de libros. *El científico debe ser, ante todo, un hombre abierto plenamente a la realidad entera, global*, por ello el conservador no debe permanecer alejado de la acción, en nuestros casos del motor de la transformación del Museo. Ni siquiera creo que el anticuario del XIX español haya tenido esa exclusiva función tan seráfica y angélica. Pero sería necesario estudiar sociológicamente si ese conservador del XIX —al que hoy caricaturizamos tal vez excesivamente sin conocerlo bien— no estuvo de hecho más implicado de lo que hoy suponemos en la creación de la estructura arqueológica y científica —y vital— de su Museo y de su propia época. ¿En manos de quién estuvo entonces el poder, qué estructuras o vaivenes políticos y sociales lo limitaban, de qué amalgamas formó parte ese conservador antepasado nuestro y cuál fue de hecho su relación con la ciencia y con la vida del Museo? ¿Qué necesaria sería una investigación histórica en este sentido!

El aludido peligro del refugiarse en una investigación individual y personalista —bien como exilio voluntario o como intencional marginación externa— existe hoy más que nunca al no estar reglamentadas las funciones del Conservador y al no estar regulada democráticamente la estructura y dinámica interna de los Museos. La misma sociedad —en general, tan poco estimulante— conduce también, directa o reflejamente, a esa postura. Por ello es un planteamiento radicalmente falso aquel que a veces hoy aún pondríamos en boca de algunos ante una situación conflictiva: «lo que yo quiero es que me dejen tranquilo en mi rincón para trabajar e investigar».

La tantas veces aludida ausencia de este *status* colectivo nos va llevando a perfilar unos condicionantes personales que a la larga influyen a la hora de delinear ese entorno científico en el que ha de moverse el conservador.

— Hay un peligro narcisista en su investigación. El conservador-investigador puede crearse un mundo aparte, vivir en otra onda: se ha venido hablando, en general, de esa esquizofrenia de los investigadores o intelectuales al tener que vivir simultáneamente en dos mundos diversos, totalmente separados.

— Es necesario distinguir en la doble vertiente de la soledad: *hay un apartamiento fructífero, un diálogo con el hombre interior, con uno mismo, lleno de ese eterno candor e ingenuidad inmarcesibles propias de todo científico.* Pero hay también el apartamiento estéril, condenado a la incommunicabilidad inmensa y al empobrecimiento. Rehuir esta soledad no implica el imbuirse necesariamente —como el cumplimiento ritual al que se someten tantos investigadores— en el ruido y la bambolla de las fiestas científicas, tan habituales en nuestros tiempos. En estas periódicas celebraciones sociales no hay mayor soledad que la multitud, deseosa de no escucharse mutuamente pero sí de que a toda costa le conozcan.

— Es necesario compartir la soledad fructífera con la perspectiva de la acción. No se puede hoy investigar individualmente, sin desarrollar al mismo tiempo una gestión externa para la investigación. Es decir, si la investigación no ayuda a modificar las estructuras anquilosadas de la sociedad en alguna de sus vertientes, hemos de reconocer entonces que a la larga la investigación será estéril. Hay que *transformar, paralela y previamente, la apática mentalidad social hacia la investigación.*

A MODO DE CONCLUSIÓN

Resumiendo todo lo expuesto anteriormente, se traslucen en mi exposición unas características muy peculiares sobre la situación de la investigación de la cultura material en España.

— *Predominio de la amalgama investigación y poder.* En líneas generales investiga aquél que más poder tiene. Las relaciones entre las instituciones científicas se basan aún en gran medida en este esquema de relaciones de poder y de favores.

— No es inhabitual que la autoridad científica se vincule a la *sacralidad del puesto.* Ser, por ejemplo, Director de una gran institución se vincula, casi ritualmente, a una *aparente* solvencia de conocimientos, correspondencia que no siempre es así. Jugamos aquí siempre con la eterna disyuntiva entre *apariencia y realidad.* Es deber del científico distinguir ambas esferas con claridad.

— Una manifestación del *poder científico son las publicaciones.* Puede publicar más el que más poder tiene. A su vez, los grandes repertorios y síntesis —que las suelen hacer los más poderosos, que no siempre son los

más sabios— acaban eclipsando a los pequeños trabajos, que muchas veces son estudios puntuales de los que se inician. Como fuente para estudios posteriores se acaban citando aquéllos, aunque muchas de las ideas se expongan originariamente en éstos. Una forma de dominio científico es no citar sistemáticamente los trabajos de un determinado investigador.

— Abrir una línea científica innovadora que ponga en tela de juicio opiniones consagradas resulta, dentro de este juego del poder, *prácticamente imposible* si no se entra de lleno en esa mecánica de la autoridad aceptada por la mayoría: otra muestra del poder.

— También el poder contagia las mismas conferencias y la comunicación oral de las ideas. No es una relación inhabitual entre los más poderosos *invitarse mutuamente a dar conferencias*. En España, esta postura es frecuente con relación a los científicos extranjeros. La finalidad no es muchas veces prioritariamente científica sino política: sirve sobre todo para que tu nombre circule, para ser conocido.

— Este poder científico se ha venido rodeando tradicionalmente de servidumbre y *parafernalia* científicos. Recordemos los tópicos y presentaciones formularias en Congresos o publicaciones, tendentes siempre a crear un aura social del profesor o doctor en la materia. No pocas veces vemos cómo el poder científico se asocia al lujo, a lo externo, como si el uno dependiera mágicamente del otro: ediciones de lujo, cartulinas de calidad para conferencias tantas veces de mala calidad. Son rasgos de lo superfluo en ciencia, al parecer no tan superfluo socialmente.

Todos estos condicionantes —personales, sociales, ambientales, institucionales, históricos, etc.— se infiltran hoy y condicionan en una gran medida el desarrollo científico de nuestros Museos.